

**JUDEOFILIA Y JUDEOFOBIA EN LA ARGENTINA  
LETRADA DE LA DÉCADA DE 1930  
(ESTRATEGIAS DISCURSIVAS Y ESTRAGOS REALES  
DENTRO Y FUERA DE *MUNDO ISRAELITA*)**

**MARÍA GABRIELA MIZRAJE**

**Abstract**

The nationalist campaign that took place in the city of Buenos Aires in 1932 was xenophobic, anti-Communist, pro-Fascist and anti-Jewish. Under such circumstances, a certain anti-Semitic discourse gained ground, and the Jewish community (together with a large part of the Argentine society) became preoccupied with the fate of its members. As a result of this fear, the important journal *Mundo Israelita*, edited by León Kibrick and Salomón Resnick, gave space in its columns to prominent personalities, Jews and non-Jews, with the purpose of raising the issue of the situation of the Jews and of anti-Semitism. The responses of Argentine intellectuals, writers and politicians of different parties from the left to the right began to appear in the format of short and simple surveys, or long articles.

These campaigns, not less visible than the devious anti-Semitism, captured the attention of the public: common citizens as well as prominent figures – some of whom expressed firm opposition to anti-Semitic discourse; among them: L. J. P. Tamborini, L. E. Soto, A. L. Palacios, R. Rojas, Carlos Manacorda, A. Portnoy and E. Dickmann. Focusing on the feared pogrom of August 20, 1932, that fortunately never took place, we have uncovered and analyzed some anti-Semitic and philo-Semitic declarations, and specifically considered a corpus not yet studied, well representative of the personalities involved and

reflecting the diversity of ideologies. We place particular emphasis on the influence of certain key names in the vernacular intellectual camp of the period (such as L. Lugones and J. L. Borges in literature, M. T de Alvear and N. Repetto in politics, the Jewish writers S. Eichelbaum and A. Spivak), and we study their rethorical strategies.

Certainly, much of the discourse and some of the effects of the various pronouncements on “the Jewish question” still await more critical consideration.

*Más allá de las aventuras de la sangre, más allá del casi infinito y ciertamente incalculable azar de los tálamos, toda persona occidental es griega y judía.*

Jorge Luis Borges, *Sur*, nº 254, 1958

## **La obscenidad de la palabra**

Entre otras, dos importantes campañas se cruzan al irrumpir los años treinta en Argentina, en consonancia con una problemática mundial: la del antisemitismo y la destinada a condenarlo. Intelectuales, escritores, críticos no pueden mantenerse al margen; compelidos a tomar posición, van desfilando por las publicaciones de época muchas de sus declaraciones, en las cuales se barajan conceptos que se han mantenido en pie prácticamente hasta el presente.

En 1932, época de surrealismos y de inicios del radioteatro, Jorge Luis Borges publica su libro de ensayos titulado *Discusión*, el paradigmático Alberto Gerchunoff presenta *Los amores de Baruj Espinoza* y Samuel Eichelbaum, *Soledad es tu nombre* y *La mala sed*. Oliverio Girondo se ríe con su magnífico *Espantapájaros*, Leopoldo Lugones está preocupado por *El estado equitativo* y el reaccionario Hugo Wast por *La conquista del público*. Ese es el telón de fondo del escenario cultural sobre el que transcurrirán las tensiones relativas al judaísmo argentino.

Por otra parte, la prensa nacionalista gana las calles. En febrero el P. Alberto Molas Terán funda la revista *Crisol*, la cual tres meses más tarde quedará en manos de Enrique P. Osés, al tiempo que la *Bandera Argentina* dirigida por Juan Carulla flamea con sus franjas más anticomunistas y

antijudías. Los grupos de choque nacionalistas, como Legión Cívica Argentina, creada en 1930 y Acción Nacionalista Argentina, generada en 1932, no están solos; el Partido Fascista Argentino nace en junio de dicho 1932, con sede en Avellaneda pero las Camisas Negras llegan también a las aceras del centro porteño. El clima se va tensando con campañas indeseables. El tiempo de José Félix Uriburu está cumplido, su secuela ya parece irreversible y Agustín P. Justo lo sucede.

Recordemos que precisamente 1932 es el año de la Conferencia Internacional del Desarme (Conférence du Désarmement), que se celebra en Ginebra en el mes de febrero, y en la que participan la Sociedad de las Naciones, la Unión Soviética y por fin los Estados Unidos. Fue una reunión a todas luces insustancial, naufragada en vericuetos nominalistas que no lograron esconder las verdaderas intenciones de los países fuertes, pues a partir de ese momento, lo que se activa en verdad es el rearme y la carrera armamentista. Para las tierras latinoamericanas, cuya experiencia con la guerra era radicalmente diferente, aquel año implicó un despliegue de armamento incomparable, con motivo de la Guerra del Chaco Boreal.<sup>1</sup>

Si la era de los fascismos se ha caracterizado por una forma peculiar de totalitarismo que refleja la “debilidad filosófica de su ideología”, por la belicosidad, la anulación del pensamiento crítico, el elitismo xenófobo, el “populismo cualitativo” y, entre otros rasgos lamentables, lo que Umberto Eco llamó la “neolengua”<sup>2</sup>, y si la Argentina de aquellos años se visualizaba a través de distintos primeros congresos de envergadura como el Primer Congreso Eucarístico Nacional (1934), montado sobre el Internacional, o

- 1 El canciller argentino Carlos Saavedra Lamas recibe en 1936 el Premio Nobel de la Paz por su labor en aquella desgraciada contienda limítrofe, habiendo sido el responsable del pacto antibélico.
- 2 Todos los conceptos entrecomillados en el párrafo provienen de Umberto Eco. Véase su somera como instructiva y de a ratos brillante descripción en “Fascismo eterno” o “Ur-Fascismo” (tal su denominación en una conferencia de 1995, en el marco de un Congreso de Filología italiana y francesa, incluida en *Cinque scritti morali*). *Cinco estudios morales*, Barcelona, Lumen, 1999. Se trata casi de un inventario de los principios del desgraciado movimiento, el cual suele llevar el ilustrativo subtítulo siguiente: “Catorce maneras de mirar a un camisa negra”. Eco explica la “neolengua” diciendo que “Todos los textos escolares nazis o fascistas se basaban en un léxico pobre y en una sintaxis elemental, con la finalidad de limitar los instrumentos para el razonamiento complejo y crítico”.

el Primer Congreso Internacional del Pen Club (1936) y el Primer Congreso de Escritores Argentinos (1936), más allá de las evidentes noticias en las publicaciones de gran tiraje, referidas a la “cuestión judía”, en algunos diarios minoritarios empiezan a apuntalarse las polémicas.

Es el caso de *Mundo Israelita*, la revista porteña que sale curiosamente los sábados, dirigida por León Kibrick y Salomón Resnick (el mismo director de la famosa y avanzada *Judaica*).<sup>3</sup> En aquella, hallamos comentarios acerca del “¡Nacionalismo criollo y antisemita!” o sobre “Los judíos y el bolchevismo” (año X, n° 483, 10/9/1932, p. 3), o de las diversas mixturas de judaísmo y comunismo, o de antisemitismo, reaccionarismo y monarquismo, o bien nacionalismo, patriotismo y tradicionalismo, o nacionalismo y liga republicana, o, por otro lado, maurrasianismo y clasicismo, o racismo y antisemitismo, o falso patriotismo y chauvinismo de los pseudonietzscheanos de la derecha, o antisemitas y antidemócratas (n° 481, 27/8/32), en fin, un amplio espectro que no ignora la complejidad del fenómeno ni la amenaza de su sola existencia y realización, aunque todavía ni los más lúcidos y previsores pudieran imaginar la magnitud de las masacres que habrían de sobrevenir.

Tras la información circulante en el invierno de 1932 sobre un mitín nacionalista anticomunista planificado en Buenos Aires para el día 20 de agosto, en el marco del cual podría perpetrarse un nuevo ataque antijudío, las voces de alerta no se hicieron esperar, tampoco los análisis posteriores que perpetuaron la denuncia a ese espíritu reinante, aunque felizmente el pogrom no había escalado por encima de un temor.

“Es completamente falso y maligno sostener que judíos y comunistas son la misma cosa. Y jamás podré creer que la mentira y la maldad son útiles a la Patria”, asevera Leopoldo Lugones el 27 de agosto de 1932. (Cabe destacar que no dice judaísmo y comunismo. Antes que a las doctrinas, el poeta señala a las personas que las encarnan, y es a ellas a quienes reifica [subr. MGM].)

3 *Mundo Israelita* se había fundado una década antes, en plena vanguardia y apogeo de la industria de editoriales e imprentas. Su primer número data del 8 de junio de 1923. Y su último director, recientemente fallecido, fue José Kestelman. (Agradezco aquí a su hijo.) Luego de Kibrick y Resnick, se encargaron del periódico León Dujovne, Gregorio Fainguersh, etc.

Una de las síntesis más sensacionales es la que ese mismo día, entre las “Nuevas voces argentinas [que] se suman a la protesta”, realiza el escritor Luis Emilio Soto [1902-1970] quien, con gran fineza ideológica para los conceptos que se manejaban entonces, llega incluso a definir como “nazis criollos” o “nazis del Plata” a los que “tienden a introducir el pogrom como instrumento de agitación política”. Soto, en una de las respuestas más sólidas a la convocatoria planteada por el periódico (pues, en la mayoría de los casos, se trata de notas rápidas de repudio contra la temible campaña), en forma constante desenmascara las contradicciones del pensamiento antisemita local, para hacerlo estrellar contra sus propios límites.

Él se pregunta, con fundamento, “¿a qué necesidad popular obedece el repunte antisemita?” para permitirse responder que “los cavernícolas de por acá parece que se proponen remedar asimismo a Hitler”, y aún ironizar: “Cuesta bastante tomar en serio la aventura. Con todo, no estará demás recordar que el “leader” antisemita no se manifiesta menos energúmeno cuando propugna el racismo, en nombre del cual declara la guerra a los hijos de Israel”.

Dentro de los campos semánticos del insulto, los “cavernícolas” de Soto se corresponden con los “trogloditas” de Eichelbaum (la “prensa troglodítica”, denuncia el dramaturgo el 20 de agosto de 1932). Así, los antisemitas quedan colocados casi fuera de la historia. Y todavía en el verano de 1933 leemos: “nacionalismo cavernario”, en una nota de redacción de *Mundo Israelita* (11/2/33).

El cierre del artículo de Soto puede sorprender: finalmente, remite a un ghetto mayor (o menor, según se mire), el del proletariado, y, en paralelo con el antisemitismo, señala la contigüidad de intereses mercantiles entre la burguesía israelita y esos voceros que juran ataques a la comunidad. Con este último giro, Soto parece querer alertar acerca de que los judíos, si son pobres, corren doble riesgo, porque padecen una discriminación múltiple, y mediante tal advertencia reunifica su posición de izquierda con su acendrado espíritu de respeto y convivencia.

El recurso de la ironía está destinado a la pretensión de no sólo considerar que los antisemitas son indignos sino además imbéciles, y en este sentido –algo distinto al de la “banalidad del mal”, aun cuando a la larga podría converger con la categoría de Hanna Arendt– las respuestas, en ese número, tanto de Jorge Luis Borges como de Soto son más que elocuentes.

Pareciera que esta retórica desapegada y no por ello desapasionada (muy por el contrario, la de Soto es pasional en alto grado), este discurso provocativo que afila el estilete para salir al paso de la prensa reaccionaria y las declaraciones del nacionalismo, este no temor manifiesto a los predicadores del antisemitismo, explícitos o solapados, les da la fuerza de colocarlos además en el lugar de la idiotez, un estadio donde no sólo hay una falla grave en su estructura ética sino también en su racionalidad. La ironía, que no desconoce incluso la provocación verbal, es un procedimiento que acaso pueden permitirse con mayor soltura los escritores no judíos que los judíos, aunque todos ellos suelen practicarla como extensión del espíritu crítico.

Borges comienza su artículo diciendo, con indiscutible sutileza, atracción y suspicacia: “Ciertos desagradecidos católicos” y más adelante señala que los antisemitas olvidan que Jesucristo “no eligió ser francés, ni siquiera porteño”. Tanto los trata de tontos (claro, no por ello menos peligrosos) que, en una enumeración que es más histórica que caótica y menos caprichosa que ordenadora, hasta se permite incorporar las siguientes oraciones: “quieren introducir en esta plaza una tenebrosa doctrina, de confesado origen alemán, rutenio, ruso, polonés, valaco y moldavo [...] Olvidan que inculpar a los judíos equivale a inculpar a los vertebrados, o aun a los mamíferos”.<sup>4</sup>

A su vez recuerda la Semana Trágica y asegura, en frase memorable, que “instigar odios” le parece “una tristísima actividad”.

Dos días antes, *Noticias Gráficas* (25/8/32) alude asimismo a la estupidez, y *Mundo Israelita* reproduce un recuadro titulado “Falta de ingenio”. El tópico de la estulticia y la irracionalidad corre, entre muchas otras, en las palabras de Enrique Dickmann cuando espeta frases del tipo “insensatez nacionalista” (20/8/32, p. 5) o en la forma en que Eichelbaum asocia la condición “pensante” al “pacifismo”, y por lo tanto la falta de lo segundo a la ausencia de la primera.

La línea de análisis socio-económico de aquella conclusión de Soto se continúa en las reflexiones de León Klimovski (10/9/32, p. 3), quien

4 Véase *Mundo Israelita*, año X, n° 481, 27/8/1932, p. 1. Véanse asimismo: Gustavo Perednik, “Borges contra la judeofobia”, en [www.nodulo.org/ec/2006/n053p05.htm](http://www.nodulo.org/ec/2006/n053p05.htm) Y Daniel Lvovich, “Una intervención de Borges contra el antisemitismo”, artículo aparecido en la página web de la Fundación Memoria del Holocausto, Argentina, revista electrónica n° 22: [www.fmh.org.ar/revista/22/borges.htm](http://www.fmh.org.ar/revista/22/borges.htm)

también prefiere las preguntas retóricas para mostrar lo que no es y lo que no debe ser. Resulta muy significativa la voluntad común de hablar de “ellos”, es decir de los antisemitas, mucho más que de “nosotros” o de los judíos perseguidos, como para delimitar bien el campo enemigo del otro campo compartido por judíos y no judíos que no son racistas ni antisemitas. Pues, para él no hace falta aclarar quiénes son los judíos, ni lo que no hacen ni lo que no merecen. Eso es lo que debe darse por obvio, es imprescindible en cambio referirse a quienes los amenazan para mejor denunciarlos. Hay que hablar de ellos, ayudar a la visualización del enemigo, para que no se atrinchiere indiferenciadamente entre la masa.

Sin embargo, Borges (acaso precisamente por no serlo) dedica algunas de sus palabras igualmente a repensar quiénes son los judíos. Aarón Spivak y algunos otros escribirán también en esta dirección, donde la primera persona del plural debe volver a presentarse. Pero ¿de qué manera? ¿y con qué nombres? Autonombrarse es existir y no permitir que la propia esencia quede cercenada en las definiciones de los otros.

“Hebreos” dicen algunos artículos, también “israelitas”, incluso “rusos”. Apropiándose del lenguaje de los opositores, ésta es la palabra que retoma Klimovski: “rusos”. Su artículo, titulado “La válvula de escape” –en cuanto que los judíos son convertidos en blanco funcional de los desajustes financieros del país– termina de manera rotunda con una afirmación que al tiempo que exhorta a la defensa intracomunitaria tiene atisbos de amenaza frente al fascismo: “Y que no se culpe sino a estas minorías selectas de haber inculcado a la juventud judía el aprendizaje de la defensa. Ellas –y quienes las toleran– serán los únicos responsables de que los jóvenes de la colectividad israelita conozcan la posesión y el uso de las armas”.

La significativa vigencia de estas palabras en la actualidad no puede, claro, alegrarnos. Tristísima actividad la de instigar odios, decía Borges, tristísima también la de verse forzado a defenderse.

La palabra obscena, tal cual Borges la llama, es el antisemitismo.

### **Disolución o redención**

A lo largo de las páginas de *Mundo Israelita* alrededor de la lucha (ya que no es, *strictu sensu*, una polémica) se evoca la Constitución

Nacional de 1852 (recordemos que estamos anclados en el período en el que se pasa del golpe militar del 6 de septiembre de 1930 a lo que se ha denominado “democracia ficta”)<sup>5</sup>, se apela a la retractación de Mr. Ford, a un fragmento de diálogo novelesco del muy leído Anatole France<sup>6</sup> o al oportuno apotegma de Juan Baustista Alberdi, según el cual “la aversión al extranjero es barbarie en todas partes, y en América del Sud es algo más: es causa de ruina y disolución” (esto afirmado sobre el terreno de la promovida inmigración y del alto volumen que ésta venía alcanzando).

Ese pensamiento no perderá vigencia y habrá de adaptarse más de una vez durante el siglo XX. Un artículo aparecido en el diario *Crítica* el 17 de agosto de 1932 (“Debe reprimirse el chauvini”)<sup>7</sup> nos explica: “Ya es irrisoria la prédica de xenofobia en un país cosmopolita, donde todo progreso está directamente vinculado al esfuerzo y al capital del extranjero”. Y la nota editorial de la apertura de *Mundo Israelita* del 27 de agosto de 1932 (n° 481), inspirada en el espíritu alberdiano, asegura: “el más ridículo de los postulados hitleristas [es] el racismo, que si en Alemania es excluyente en virtud del mito de la superioridad de la raza germana, aquí sería la negación de la personalidad nacional”.

Todo vale, a los efectos de la persuasión, una persuasión a menudo muy ambigua, en especial si pensamos en quiénes conformaban el público lector mayoritario de la publicación sabatina: fundamental aunque no exclusivamente judíos porteños.

La justificación se da por los valores de la inteligencia y la laboriosidad, y resulta de hecho muy impactante para una lectura actual, como si hubiese en efecto que justificarse ante el juicio viciado de los otros (los discriminadores) y presentar constancias de buena conducta de la población

5 Elegido Presidente el 8 de noviembre de 1931, gracias al “fraude patriótico”, asumió el 20/2/1932 y permaneció en el poder hasta 20/2/38. Téngase en cuenta, entonces, que los hechos antisemitas sobre los cuales nos estamos focalizando se presentan transcurrido medio año de su gobierno.

6 Aunque no se especifica, el fragmento del autor ya difunto [A. France, 1844-1924] corresponde a su obra *Monsieur Bergeret à Paris* (París, 1901). Recuérdese que France no sólo fue premiado con el Nobel en 1921 sino que además fue uno de los nombres más importantes junto a Emile Zola en la coyuntura del famoso “Caso Dreyfus”; inmediatamente después del *Yo acuso*, France, junto a otros intelectuales, firmó la petición para que se revocara el proceso.

7 Reproducido por *Mundo Israelita* en su edición del 20/8/32, p. 2.



judía y de sus aportes a la sociedad en su conjunto. Claro que este tipo de lógica argumentativa no nos extraña, sólo sirve para corroborar un estado de la cuestión en uno de los períodos más álgidos de la historia, así como un estado de repercusión en escala (pequeña, y no por ello menos importante) de los atropellos a nivel mundial, especialmente en Europa. Mimética e influenciada –más allá de su originalidad e idiosincrasia propia– como ha solido ser Latinoamérica, tierra codiciada para el implante de estéticas e ideologías, abierta al diálogo necesario muy particularmente tras el laboratorio de la dorada década del veinte, al llegar los más controvertidos años treinta, esa apertura enfrenta algunas de sus paradojas y desventajas más rotundas.

La mayoría de los artículos, sobre todo aquellos escritos por los mismos judíos, procede a base de argumento y prueba retórica; como si los silogismos no bastaran, se procura acompañar y así demostrar –con ejemplos, con estadísticas, con comparaciones (como Aarón Spivak en el fascinante artículo del 3/9/32, pp. 3-4, titulado “Química racial de los filosemitas”)– lo que se intenta inculcar en la conciencia colectiva. Y este tipo de avance en la argumentación, fuera del ensayo y dentro del marco de la rapidez propia de la nota periodística, tiene su lógica si se comprende hasta qué punto el antisemitismo se presenta también como algo irracional.

El artículo de Spivak resulta excepcional en más de un sentido, por la capacidad de observación, la claridad conceptual, la imparcialidad, constituyéndose en un verdadero ensayo sociológico y económico. Sorprendentemente, apela a un método comparativo de los distintos contingentes inmigratorios. Para ello, por un lado, traza un mapa urbano de la inmigración y pinta cuadros de costumbres; por otro, recurre a análisis tanto sincrónicos como diacrónicos. Y repasa algunos de los principales tópicos, yendo de la lingüística al comercio, de éste a la educación y de ella a la política, sin olvidar las reticencias intracomunitarias ante el matrimonio mixto o las desgracias del proxenetismo; hasta llegar a una especie de fórmula, síntesis del tipo de judío (y de inmigrante en general) que se quiere ser, defender y proponer.

De esta forma demuestra un conocimiento de la sociedad argentina en su conjunto, siendo cuidadoso y valiente en el análisis y procurando una equidad de juicio que no deje solos a los judíos ni a su propio planteo, buscando –aun sin enfatizarlo como programa– aliados entre los lectores, por la misma fuerza del recurso. Cuando el antisemitismo señala en el judío

una anomalía, el judío responde con una analogía, sin diluir en ningún símil lo específico de sus diferencias. A través de la geopolítica porteña lo que se apuntala, entre otros rasgos, es un concurso de solidaridades y distintas marcas de pertenencia.

Tras sucesivas fundamentaciones, en una suerte de exhortación, Spivak asegura: “Argentinos sí, criollos no”. El acriollamiento es denunciado como sinónimo de todos los vicios. Resulta preciso aclarar que esta visión es personal, habrá artículos que retomarán el término “criollo” de otra manera. Spivak se convence: “el acriollamiento es uno de los males de la sociedad argentina. El país no necesita que los extranjeros y sus hijos se acriollen sino que se argentinicen...”. “El extranjero acriollado es un factor negativo de la sociedad. El judío acriollado es la resaca del judaísmo argentino”. (Quiero remarcar la originalidad conceptual de estas hipótesis.)

Y Spivak adoctrina, con la intención de desplazar el foco hacia otros extranjeros, en una especie de venganza semita inaudible al corazón de anglos y sajones: “Una lengua más no estorba; lo imperdonable es haber nacido en el país y no saber el castellano” (esto lo dice pensando en los ingleses y en los alemanes, y en defensa del uso del ídish).

Restablecer los paradigmas de la razón, apelando tanto a la dinámica de la historia como a los resortes más lúcidos del pensamiento generalizado del presente, tanto a la solidaridad, apertura o comprensión de mentalidades y estados de la cultura pretéritos como al apoyo, bonhomía y claridad mental de algunos exponentes del campo letrado de su propio tiempo (aquí, por ejemplo, Borges) y de la mayor parte de la sociedad argentina integradora y pacífica, es el denodado esfuerzo de los miembros de la comunidad judía que se abocan a escribir en distintos medios y particularmente en *Mundo Israelita* (un mundo que es casi un barrio de letras, agendas y apellidos).

Son claros y valientes en su indignación y hacen gala de una elegancia de discernimiento de la que sus opositores carecen desde el principio. Los judíos y sus amigos que escriben apoyando la causa de preservación y defensa de la colectividad no homologan al resto de la sociedad, no aplastan en un gentilicio unívoco o un patrón ideológico unánime a quienes se yerguen como enemigos. Reconocen la variedad y hasta se toman el trabajo de explicarla a los efectos de lograr una mejor comprensión del fenómeno e ilustrar a la gente. Así el ímpetu de la autodefensa aparece imbuido de un fuerte afán pedagógico.

Desde los tibios hasta los trasnochados, desde los fascistas hasta los confundidos, desde los grupúsculos del catolicismo de derechas hasta los xenófobos, el triste colorido del espectro local –en reflejo con ciertos discursos y atropellos internacionales– es tan variopinto que la estupidez, igual que la maldad, asume demasiadas caras.

Pues resulta notable cómo los pronunciamientos, decisiones, legislaciones interoceánicas (focalizadamente en Alemania) repercuten sobre el resto del mundo y hacen vibrar el tablero de la cultura y sociedad argentinas. El mismo periódico *Mundo Israelita*, cuando la campaña antisemita local está en el candelero, reproduce, por ejemplo, el día 20 de agosto de 1932, una nota que condensa el estado de la cuestión europea en la misma semana.

La caja de resonancia argentina y particularmente la de la Capital Federal, hace que si el 14 de agosto había sido preciso puntualizar en Ginebra la necesidad de implementar “la convención internacional para declarar fuera de la ley el antisemitismo” (propuesta por Guido Tedeschi), el sábado 20 se esté pidiendo a las autoridades locales que se hagan cargo de evitar y prevenir las amenazas contra la comunidad judeo-argentina y que se dispongan a su custodia.

La legalidad es, de hecho, el gran tema que corre en paralelo a todas estas manifestaciones. De ahí que tanto la defensa espontánea en el Congreso por parte de algunos diputados de la izquierda (desde el socialismo moderado hasta el tajante comunismo) como las opiniones y testimonios inducidos por la convocatoria que abriera el periódico para recoger los juicios de distintos hombres de la palestra política nacional, tiendan a apuntalar un marco de preservación que deje a los judíos dentro del campo de la ley argentina.

La intervención parlamentaria en las personas de un Carlos Manacorda y un Federico Pinedo, ambos del Socialismo Independiente o la influencia de un Rodolfo Ghioldi del Partido Comunista, entre otros, quienes logran despertar al oficialista Dr. Leopoldo Melo (Ministro del Interior de A. P. Justo), se refuerza desde la prensa voluntariosa por las voces de Marcelo Torcuato de Alvear, José Pascual Tamborini –quien un año atrás había sido encarcelado por los militares–, Alfredo Lorenzo Palacios, Nicolás Repetto.

Por supuesto, la mayoría de las declaraciones proviene de un espectro que cubre las tendencias desplegadas desde el centro hacia la izquierda máxima, pero el judaísmo no le hace asco a nada y aun dentro de las filas –en términos ideológico-políticos– de donde salieron los ataques busca

a sus aliados y reproduce sus voces. Así nos impacta el testimonio del nacionalista Pablo Calatayud, quien se dirige a sus compañeros de *Bandera Argentina* exhortándolos a una revisión de la *cuestión judía* (1/10/32, n° 486, p. 1): “Un ex ministro del gobierno provisional condena la campaña contra los judíos” afirma, conforme, un acápite de *Mundo Israelita*<sup>8</sup>. Lo que hace Calatayud es literalmente “llamar su atención sobre un aspecto de la encomiable campaña nacionalista” [subrayados MGM].

*Mundo Israelita* da cabida aparentemente con satisfacción a estas palabras: “[muchos judíos] fueron los primeros en salir a la calle, con su arma en el bolsillo, dispuestos a dar su vida por la causa de la revolución [la militar, del 6/9/1930], y en ofrecerse después para defenderla, una vez producida”, “Hay muchos judíos que son muy nacionalistas, probablemente tanto como el señor Director o yo, y a quienes no es posible confundir con el comunista rojo o el mercader de su alma por su pasión del dinero”.

Sin embargo, aun el insoslayable e imprescindible paradigma de la legalidad tendrá su vuelta de tuerca entre los intelectuales judíos: Spivak se atreve a decir que con eso no basta. Y cierra su larguísimo artículo (sin duda el más extenso de todos cuantos se han volcado en *Mundo Israelita*, y que no puede sino ser considerado un ensayo) con esta declaración radiante: “A los jóvenes judíos no nos basta la igualdad ante la ley. Queremos derecho, la igualdad ante la opinión moral y el sentir de las gentes, queremos que no se nos niegue lo que se permite a los otros, y que no se nos calumnie con juicios ligeros, fruto del desconocimiento y de la irreflexión. Y sabemos que será justicia” (3/9/32, p. 4).

Entre tanto, se siente una amenaza de respuesta en las declaraciones de muchos intelectuales judíos, como para alertar diciendo que, más allá de su voluntad pacifista, el pueblo judío sabe defenderse y lo hará. En consecuencia, el enemigo no debe especular con su tranquilidad, su respeto y su silencio. Si los conminan, los judíos reaccionarán de manera categórica y el enemigo debería temer ese efecto indeseado pero provocado. “Las reacciones de los tímidos suelen ser peligrosas” asegura Eichelbaum, en breves palabras que parecen más un detente (para los antisemitas) que una exhortación (a los propios).

8 Pablo Calatayud había sido Ministro de Obras Públicas entre abril de 1931 y febrero de 1932.

Por toda respuesta final y sostenida, la juventud judía decide aglutinarse en un proyecto letrado: “Geulah”, “término hebreo que equivale a Redención”, se nos aclara en el seno del *Mundo Israelita*, en el artículo titulado “La lucha contra el antisemitismo” (*MI*, a. X, n° 484, 17/9/32, p. 1). Con Geulah se funda un “organismo suprasocietario” destinado a “una labor de aclaración inteligente, mediante actos públicos y ediciones adecuadas y otras formas de divulgación”, pues “la obra de aclaración literaria es la más eficaz, tanto para nuestra propia juventud como para los no-judíos”.

En paralelo, en esos meses se apuntala el debate en torno de la creación de una red de escuelas judías y en octubre se realiza en Buenos Aires la conferencia del Partido Sionista Revisionista, por primera vez en castellano, donde se aborda “Origen, evolución y crítica del revisionismo” para analizar la declaración Balfour de 1917. La misma es encomendada precisamente al Dr. Aarón Spivak, una de las principales plumas de *Mundo Israelita* en estos días agitados.<sup>9</sup>

### **Bacilos, fantasmas y falsías**

El llamado a la cordura no se realiza en base a la confianza en la intelección o comprensión del enemigo, sino a un efecto dominó tendiente a responsabilizar y comprometer al Estado así como a generar conciencia en la amplia masa argentina, inmigratoria y laboriosa, preservando la necesidad de cohesión, alertando frente a males que, si bien son específicos, también son comunes y en su ideología de fondo tienden a dañar a un sector mucho más amplio de la sociedad, apostando a la convivencia, a la celebración de las diferencias y a la persecución unificada de los vicios que a todos perjudican.

Denunciar el nacional-fascismo es, claro, autodefenderse en tanto judíos, pero al mismo tiempo defender a la Nación en su conjunto, en tanto argentinos. Ésta es la línea principal.

A su turno, más allá de la estupidez antisemita, la otra cara de la irreflexión está compuesta por el desconocimiento de los filosemitas. Spivak repara en los amigos del filosemitismo liberal que invitan a la asimilación,

9 Puede verse su anuncio dentro del periódico, n° 489, 22/10/32.

y nosotros desandando sus bienintencionadas palabras nos preguntamos si la exhortación a la mezcla, que ellos realizan, es una recomendación o un reproche.

Hay, por otra parte, un espectro más o menos silenciado, el de los judíos corporativistas, portadores de grandes capitales, que parecen ajenos al destino de las flechas del antisemitismo (y sin embargo no lo están) y a quienes tampoco se los ve pronunciarse de manera pública en salvaguarda de su origen, su raza, su credo o su cultura. Estos judíos, híbridos en el tejido social, están sospechados por los mismos intelectuales de la comunidad que vienen persiguiendo instancias superadoras de crecimiento dentro de la Argentina.

La estupidez, subsidiaria del mal, recurre a cualquier artimaña o constructo. Así, otro eje de pensamiento que campea en las reflexiones es el que va desde “Los falsos problemas” hasta los “fantasmas”. El primer sintagma sirvió por título a una nota de Lugones aparecida el 20/8/32 (p. 3) pero que en realidad data de muchos años antes: Lugones la había escrito en 1918, anticipándose incluso a la *Semana Trágica*. El segundo, a una del poeta Juan Manuel Cotta del 24 de septiembre del mismo año (n° 485, p. 1), donde el fantasma (imposible soslayar la resonancia marxista) que recorre el mundo no es ya el del comunismo sino el del antisemitismo. O, para ser más precisos –tal cual lo presenta la tesis de Cotta–, la imaginación ardiente de la gente ociosa, las pupilas febriles de los ignorantes registran por doquier lo que no existe y, en función de esas visiones erróneas, calculadas o ficticias, cometen actos inaceptables. Eso que los prejuiciosos ven es que los extranjeros, y más específicamente los judíos, se suman para destruir el solar argentino, en lugar de verificar, con ojos sin telarañas, cuánto lo engrandecen.

Aunque de un modo muy distinto, uno y otro artículo –el de Lugones y el de Cotta, autor de libros de lectura para la escuela primaria<sup>10</sup>– manejan un supuesto común, también presente en otras columnas: contra la fuerza de las evidencias, algo se inventa, con el fin de demonizar. Esta suerte (o mala suerte) de realidad paralela es holgadamente posible gracias al alto grado

10 Entre las varias obras (principalmente educativas) del maestro Juan Manuel Cotta, se cuentan *Poemas heroicos*, Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1923; los relatos de *Retazos de pampa*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, 1932; *El compañero espiritual*, Buenos Aires, F. Crespillo, 1933.

de ignorancia. El pensamiento patológico halla excusas para expandir su brutalidad. Lugones afirma sin ambages “toda campaña antisemita proviene de alguna falsedad”.

Fantasmagorías o falsedades como pretextos desencadenantes del odio es, en parte, lo que los analistas se abocan a desarticular. León Kibrick había presentado un primer fantasma el 13 de agosto (en la nota “Agitación social y antisemitismo”)<sup>11</sup> cuando se disponía a explicar hasta qué punto la propaganda antisemita se bifurcaba en sendas contradictorias, puesto que se inculpaba a los judíos tanto de una función directiva en las finanzas como de una acción revolucionaria anticapitalista. Allí sopesa el doble camino en los siguientes términos: “Pero el más explotado por la prensa llamada seria es el del fantasma revolucionario”, el fantasma que agitan los temibles extranjeros.

Frente a las caras múltiples de la xenofobia y los deslices semánticos, resulta interesantísimo el uso del vocablo y el concepto “exótico” a lo largo de las notas, donde éste no es nunca lo extranjero sino inversamente el antisemitismo. Hay que retomar la palabra del enemigo, en una especie de figura de *ocupatio* (ocupación retórica y militar) para resemantizar, para invertir su signo. Lo exótico es aquello que cae fuera del carácter intrínseco de la argentinidad, y como la argentinidad es mezcla y asentamiento de la extranjería por definición, lo exótico es todo lo que pretende negar la pluralidad de su conformación, y lo exótico por antonomasia viene a resultar el antisemitismo, dejando en claro, en segunda instancia, que es además exótico por tratarse de una copia desgraciada de los sentimientos y resoluciones de otras latitudes que han hecho del odio un programa.

La figura complementaria a la *ocupatio* es la paráfrasis, casi todos los autores relevados practican estas formas. Parafrasean el discurso del enemigo para mejor refutarlo, asegurando una culpabilidad judía integral. Se trata de copiar y aun extremar las hipótesis del contrario a los efectos de ridiculizarlas y proceder inmediatamente a su radical anulación. El recurso, por otra parte, es muy típico de la política de la época. Intelectuales y escritores gustan de él como privilegiado arsenal para la desarticulación de una mentira o un absurdo. Así, por ejemplo, cuando desde las páginas

11 Este artículo apareció inicialmente en el diario *Crítica* el 8 de agosto de 1932 y fue reproducido por *Mundo Israelita* en su edición del 13 de agosto de 1932, p. 1.

del periódico de izquierdas *Bandera Roja* (casi una contracara de la otra, la *Bandera Argentina* que flameaba en el discurso antisemita), Roberto Arlt escribe poco antes (abril de 1932) un incomparable artículo titulado “El bacilo de Carlos Marx”, va a estar poniendo en la hoja de su cuchillo la misma suerte.

Todas las metáforas organicistas típicas del período y destinadas a aislar los gérmenes contaminantes, como el marxismo o el judaísmo, son devueltas, no sólo por revertir los paradigmas del oponente sino porque se comparte precisamente la visión de la sociedad como organismo. “Cultivo nacional del antisemitismo”, “destruirá el cuerpo”, “epidemia”, “infectados del veneno antisemita”, leemos con naturalidad en *Mundo Israelita* (11/2/33, p. 1).

La nota de Antonio Portnoy (20/8/32, pp. 5-6), bajo el título de “La eterna controversia” grafica esos movimientos de avance y repliegue del discurso. Portnoy recurre a un cuento que es casi una pulseada intelectual en la cual, con una lógica irreprochable, gana el judío. Es un juego dialéctico y prácticamente mayéutico, para tomar argumentos comunes contrarios y superarlos.

Un artículo con la firma M. Forst (8/10/32), que se titula “Puntos de vista”, interpela a múltiples atacantes de la comunidad y despliega el *argumentum ad absurdum* de la culpabilidad integral: “Señores reaccionarios, señores capitalistas: Ustedes tienen razón [...]” y lo mismo hace con los “Señores socialistas”, “Señores ateístas”, “Señores frailes”, los judíos son culpables de todo cuanto ellos dicen (que son cosas contradictorias entre sí).

Klimovski parte de este mismo hecho de que los judíos son culpables de todo (vistos ya como grandes capitalistas, ya como grandes huelguistas); sea por acumulación o por falta de dinero, el judío está siempre en la mira.

Con genial ironía, el Borges protestante, que en esa semana de su cumpleaños 33 (27 de agosto)<sup>12</sup> hablaba del judío Jesucristo, había apuntado, como señalamos antes: “Olvidan que inculpar a los judíos equivale a culpar a los vertebrados, o aun a los mamíferos” (animales, pero no cualesquiera, sino aquellos “inferiores” en la escala). Quince días más tarde, Klimovski se enciende frente a los “herederos de la Liga Patriótica, los legionarios, fascistas y amateurs sin bandera”, en una ironía paralela a la borgeana, llamándolos directamente “invertebrados”.

12 Este detalle parece significativo: tres días después de su simbólicamente tan recargado trigésimo tercer cumpleaños, sale su nota en *Mundo Israelita*.



Entre los principales aportes de la nota de Klimovski se advierte, por un lado, la nueva categoría de los “amateurs sin bandera” (ni roja ni argentina ni nada) que se alinean con los nacionalistas antisemitas y, por otro, una interpretación diplomática y policial, muy certera, que no había sido tomada así por sus predecesores. Abonando la hipótesis del elemento expiatorio (“la válvula de escape”, como el autor elige calificarla; “el chivo emisario” y “pagar el pato” había dicho Spivak), Klimovski cree que “cargando contra los judíos se evitan complicaciones consulares, intervenciones policiales (la policía no gusta de intervenir en defensa de los judíos), polémicas periodísticas y un sin fin de molestias”. De este modo, a la banalidad y la idiotez parece sumarse la llana comodidad (hermanada con las anteriores).

La escapatoria, que pretende apoderarse de una víctima para justificar los errores del equívoco Estado democrático que representara el General Justo, ya había sido denunciada en los inicios de la desgraciada campaña precisamente por uno de los directores de *Mundo Israelita* en el diario *Crítica* (8/8/32). En aquella nota sobre “Agitación social y antisemitismo”, a la que ya hemos hecho referencia, León Kibrick declara: “los judíos somos la primera víctima. Somos la presa más fácil por muchas razones”. Y Spivak, había comenzado la suya titulada “El Sábado de Gloria” (20/8/32, p. 5), diciendo también: “Los judíos tenemos la culpa. ¿Y por qué no? Es lógico que así sea, es necesario y útil que así sea. Le hace falta a la República un vaciadero para sus malos humores. [...] Alguien ha de cargar con el muerto. Pues ahí están los judíos”.

Entre las declaraciones no judías a semejante campaña, de los días tempranos, y como bisagra entre el campo cultural y el político, es la contribución del Dr. Ricardo Rojas una de las pocas que responde al formato de un reportaje. Ante la pregunta inicial (que porta su propio prejuicio) “¿Cree Ud. que una persona intencionada puede confundir a los judíos con los rusos?”, la respuesta de Rojas, como todas las suyas que seguirán, no conoce el titubeo: “No, señor: los rusos forman un estado político con territorio y lengua nacionales, mientras los judíos son un pueblo sin Estado ni territorio, disperso por todas las naciones del mundo y que hablan diversas lenguas, entre las que ha de contar el hebreo, el idisch y el español arcaico de los sefardim” (*M.I.*, X, n° 480, 20/8/32, p. 1). [Nótese que el erudito Ricardo Rojas dice “sefardim” y no sefardies o sefaradíes o sefaraditas.]

(El entrevistador judío de *Mundo Israelita* se inquieta si “ruso” y

“judío” son tomados como sinónimos, al mismo tiempo que él toma como sinónimos los términos “ruso” y “comunista”.)

La lengua como unidad cultural, en tanto factor aglutinante y definitorio de una nación, es uno de los puntos más sensibles de todas las declaraciones y está latente en todas las controversias, de ahí que los intelectuales judíos se defiendan por el uso no sólo correcto sino incluso excepcional de ella que hacen los argentinos judíos de las generaciones más jóvenes. Junto a la lengua, la importancia de la diáspora se vuelve capital en el trazo prolijo del análisis de Rojas mucho más que en cualquiera de los otros.

Dentro de lo que podríamos llamar el *establishment* literario, ese que comparten, sin duda, Rojas o Lugones, cada uno conservador a su manera (más allá radicalismo o el modernismo), le llega el lugar al fin a uno de los escritores más ambiguos en su autopoicionamiento. Pues, si bien no se asume como un antisemita declarado al estilo de Hugo West, y mientras sostiene lo contrario, las posiciones de Manuel Gálvez, independientemente de sus cercanías personales con distintos exponentes de la colectividad literaria y cultural judía que él se encarga de recordar, generan una fundada inquietud y una necesaria aversión.

De las curiosidades intrínsecas a la comunidad, no deja de llamarnos la atención cómo mientras Gálvez es, con justicia, objeto de una réplica que lo muestra con lo peor de su acervo, *Mundo Israelita* no se detiene en el mucho más peligroso Hugo West. No sólo eso, sino que pocos meses después, cambiadas las estaciones, en febrero de 1933, hallamos una columna que, a fuer de neutral, reproduce bajo el título de “Biblioteca Nacional”, sus datos estadísticos. Impuesto por el General Uriburu, Gustavo Martínez Zuviría es su director desde 1931, cargo que detentará nada menos que hasta 1955; en los problemáticos días de la campaña antisemita, él desempeña tal función. En el número 505 (11/2/33) leemos: “En el año 1932 la Biblioteca Nacional de Buenos Aires ha batido todos los récords de años anteriores”, tras lo cual se solicitan donaciones bibliográficas.

Es cierto que la Biblioteca excede a la persona de su director, y que la causa de apoyarla se justifica por las mismas razones de argentinidad y de civismo que estuvieron esgrimiéndose dentro de la comunidad en los meses previos. Es cierto también que, dado el tenor de la convocatoria, podrían aceptarse en ella libros y folletos “en cualquier idioma y sobre cualquier asunto”, lo cual, al menos en principio, supone una amplitud de criterios

que podría posibilitar la cabida de temas de interés intracomunitario y de textos en hebreo o en las lenguas de origen. Es cierto, por último, que no sería razonable y menos aún conveniente negarse a difundir la información pertinente a una institución nacional que es de todos los argentinos.

Sin embargo, no menos cierto resulta, en paralelo, que ésa, aunque oficial, es la gestión de un antisemita declarado, que llegó a colaborar incluso en publicaciones como *Clarínada*, de Carlos M. Silveyra, la cual habría de poblar aquellos mismos anaqueles, aunque podríamos admitir que aún faltan unos pocos años para la aparición de sus dos libros más notoriamente antisemitas, *El kahal* y *Oro*, de 1935 así como para la irrupción de aquella “*Revista anticomunista y antijudía*” (tal el subtítulo de *Clarínada*) que ve las tinieblas –ya que no la luz– en 1937<sup>13</sup>. Es igualmente cierto que, en la tradición argentina, la neutralidad nunca fue sello de las políticas públicas culturales de los organismos del Estado ni sus seguidores han podido mantenerse al margen de las mismas haciendo gala de objetividad.

Pero Wast ya era, obviamente, antisemita desde los años previos, y la comunidad judía no lo ignoraba. Seguirá pasando el tiempo de los oscuros fascismos y antisemitismos, y la historia de la relación entre nuestros intelectuales y Wast terminará en una solicitud cortés, que nunca se halla en los libros críticos o de historia. Como no podría ser de otro modo, los nombres de algunos de estos denunciadores lúcidos de los `30 retornarán, para reclamar con precisión que Martínez Zuviría se vaya de una vez por todas de la gran Biblioteca.<sup>14</sup>

13 En 1935, César Tiempo escribe en Buenos Aires el folleto “La campaña antisemita y el Director de la Biblioteca Nacional”, que es publicado por las prensas de la misma Mundo Israelita.

14 He aquí, dado su altísimo interés, la reproducción completa de su texto: “Solicitan cortesmente”, datado en Buenos Aires, 25 de agosto de 1945.

Sr. Gustavo Martínez Zuviría:

Los escritores democráticos que refrendan este petitorio, preocupados por el futuro inmediato de la Biblioteca Nacional, en momentos históricos para la Humanidad, y teniendo en cuenta que las convicciones expresadas por usted públicamente se consideran nefastas para el bien general y contrarias a los ideales de los fundadores de la nacionalidad, solicitan cortesmente de usted su renuncia como director del cargo que continúa desempeñando.

Firmado: Leónidas Barletta, Marisa Serrano Vernengo, Estela Canto, Alberto Prando, Ernesto Castany, Amilcar Marino Dalleso, Enrique Amorim, Pablo Palant,

En el mismo año de la campaña de la cual nos ocupamos, 1932, Wast y Gálvez quedan reunidos con palabras de *Trinchera* de Enrique Espinoza (seudónimo de Samuel Glusberg): “¡Heroicos tiempos aquellos en los que el doctor Gálvez había dejado la grey católica a su colega Hugo Wast, y él se dedicaba a conquistar obreros socialistas y universitarios reformistas con el ejemplo de una pobre muchacha caída! [...] Pero, ¿quién se acuerda ahora de que el doctor Gálvez –antisemita y ultra-católico– fue revolucionario hace años? ¿Quién se acuerda de *Nacha Regules*?” (pregunta refiriéndose a su novela realista de 1919).<sup>15</sup>

El infatigable Kibrick dará, el 22 de octubre de 1932, la nota “Manuel Gálvez y los judíos”. Arlt ya había mostrado un “Gálvez asustado” en las páginas del periódico *Actualidad*, en mayo de ese mismo año, cuando se refería, correlativamente a su actitud ante los otros escritores del mundo y a la relación entre literatura y política<sup>16</sup>.

José González Carvalho, Ernesto Sábato, Alfredo Varela, César Tiempo, Max Dickman, Vicente Barbieri, Jorge Thénon, Enrique Wernicke, Norberto Frontini, Adolfo Bioy Casares, Leopoldo Hurtado, Jorge Luis Borges, Abelardo Arias, Simón Contreras, Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo González Lanuza, Osvaldo Svanascini, Alberto Candioti, Samuel Eichelbaum, María Rosa Oliver, Cayetano Córdova Iturburu, Ulises Petit de Murat, Amado Alonso, Álvaro Yunque, Raúl Larra y Luis Emilio Soto.

[En las firmas, no seguimos la forma del original sino que reproducimos de manera completa los nombres para facilitar al lector la ubicación de los autores, M.G.M.]

15 Espinoza, Enrique, *Trinchera*, Buenos Aires, Babel, 1932, pp. 164 y 167.

16 Véase Roberto Arlt, “Manuel Gálvez asustado”, en *Actualidad*, n° 2, mayo de 1932. Allí Arlt asegura que Gálvez es un “ex-anarquista volcado al catolicismo chirle” y explica:

“Acabo de leer en *Il Mattino D'Italia* de fecha 18 de abril, un artículo de Manuel Gálvez titulado: “Exterminio y Literatura”.

Gálvez está asustado. Indignado. Arremete a la literatura norteamericana, rusa, la española y todas las literaturas que huelen a revolución. Se permite el lujo de hablar despectivamente de escritores a quienes él no es digno de lustrarles las botas, como ser: Dos Passos, Dreisser, Boris Pilniak, Leonard Frank, Upton Sinclair, etc.

Y se las toma con ellos simplemente porque dichos señores son “escritores revolucionarios”.

Más adelante, y sin tapujos, como de costumbre, Arlt cita palabras imperdonables de Gálvez y aprieta las clavijas:

“ [...] (y aquí destápase nuestro jesuita) “Creo que nuestro gobierno, si quiere

Gálvez había colaborado, poco antes, nada menos que en la revista *Criterio* (29, septiembre de 1932), con un artículo que, pretendiendo ser descriptivo, se titulaba sencillamente “Antisemitismo”, por medio del cual él suponía su progresismo en el tema. Lo relativo a la ignorancia reinante en dicha ideología, una vez más, es el único punto donde el muy católico Gálvez y el muy judío Kibrick van a coincidir, pero con la vuelta de tuerca de una aclaración necesaria: la “ignorancia, fomentada por gente que no lo es, es lo que constituye el antisemitismo”. Gálvez asevera que “el judío es por naturaleza intelectual, y, como puede comprobarlo quien haya tratado con judíos, no olvida nunca su condición de tal”. Tan inseparables parecen ser para el novelista ambas cosas (el ser judío y el ser intelectual) que la afirmación es bisémica: lo que el judío (el judío de Gálvez) no olvida nunca es su condición de intelectual o bien (y esto es lo más probable) su condición de judío.

Y, lamentablemente, Kibrick no se equivoca: a pesar de sus amigos, las expresiones del discurso de Gálvez no pueden rescatarse. Tan preocupado como está por el hecho de que el Estado no se separe de la Iglesia, detrás de las terribles amenazas de ideas como la del divorcio, el autor que había sabido expresar el realismo, se va poniendo cada vez más conservador y reaccionario. Si había escrito acerca de las prostitutas (es cierto que lo había hecho con piedad, en la antesala de la denuncia social) ahora se convierte en paladín de la defensa a ultranza del matrimonio indisoluble. Pues a Gálvez no sólo lo asustan los izquierdistas (acordando con la crítica de

evitarse el peligro de luchar contra el comunismo, debe impedir la libre entrada en el país de esta literatura perniciosa.”

Uno no sabe qué admirar más en estas palabras: si el cinismo de un novelador barato, o la desvergüenza de un fracasado a quien ni los mismos católicos leen, porque les aburre extraordinariamente con sus gauchos de circo o su frenética imitación de Martínez Zuviría”.

Arlt terminará estableciendo rápidamente un canon alternativo internacional, refractario a la línea de Gálvez, y allí, entre otras obras, menciona *Judíos sin dinero*, aunque no nombra a su autor, Michael Gold. *Jews without money*, publicada en 1930, es una novela autobiográfica del ghetto judío neoyorquino del lado Este, que circulando por aquel tiempo en Buenos Aires habrá hallado su propio eco en las figuras de los personajes de judíos pobres cantados ya por un Alberto Gerchunoff, ya por un César Tiempo y más particularmente en su carácter narrativo urbano por Samuel Glusberg.

Arlt), también lo asustan los liberales. El divorcio es ley anticatólica, y en Francia –según Gálvez– la realizaron los judíos. Por lo tanto, la presencia de éstos en gran número “no nos conviene” (*M.I.*, n° 489, p. 2).

Llegado a la necesidad de replicar a los tristes y endeble fundamentos del Dr. Gálvez anhelante de conversiones, Kibrick se apresta con una contestación atípica: “En cuanto a la actuación de los judíos contra la iglesia católica, es un derecho de que no puede privárseles como ciudadanos”.

Pero en otro momento nos regala un axioma por demás atractivo: “La religión es transitoria; la nacionalidad eterna”. Hasta cierto punto podríamos repensar la diáspora al amparo de esta premisa.

Rafael Cansinos-Asséns va a dar a estas palabras un giro poético que es como broche de oro de los desafíos constantes. En 1935, en carta a César Tiempo, cuando también él se queje de la estupidez del mundo, va a decir, al pasar, casi dejando que la mano vuele, “los judíos, los ubicuos, los eternos”.<sup>17</sup>

Entre la perennidad y la historia, la Tierra Prometida y las naciones, la unción religiosa, la cultural, la política o la ciudadana, entre el Estado y el nomadismo, “los judíos, los ubicuos, los eternos” suena como un salmo secular que saluda al pasado, reconoce el presente y abraza el porvenir.

El *leitmotiv* de la eternidad del pueblo judío se extiende en la nota de redacción del 11/2/33 (*X*, n° 505), proclamando cierta épica de bíblica resonancia, al estilo de David y Goliat: “Pero el débil pueblo hebreo, ese puñado de hombres perseguidos, es inextinguible. Desde el fondo de la historia, eterno como la humanidad, invencible como la justicia, acusa y desafía a los asesinos; los sobrevive y vence [...]”.

En contra de lo que incluso muchos de ellos mismos creen en aquellos años, no sólo reaccionan como argentinos, reaccionan como judíos cuando les tocan la nacionalidad (argentina), pues en cada disputa por su legítimo derecho y en la voluntad de mostrar su amor a la patria, son irreductiblemente judíos (es decir, retórica, conceptual y emocionalmente judíos).

17 Carta inédita fechada en “Madrid -14-abril-35”. Manuscrito B.N., archivo CT, caja 1915, doc. 2723. P.S.: Con posterioridad a la redacción de este trabajo y a la presentación del mismo en el Congreso de AMILAT en 2009, edité la carta dentro de un artículo. Puede verse: Mizraje, María Gabriela, “*Los judíos, los ubicuos, los eternos*”, Maimónides, Rafael Cansinos-Asséns y un homenaje a contraluz”, en *Sefárdica*, 19 (Actas del 3er. Simposio Internacional de Estudios Sefardíes - CIDICSEF y Universidad Maimónides), 2010, pp. 257-275.

En este recorte de un momento álgido de la Argentina de la década de 1930, a través, fundamentalmente, de una de sus publicaciones paradigmáticas como lo es *Mundo Israelita*, advertimos los campos conceptuales y estrategias retóricas para enfrentar el antisemitismo. La delimitación del campo del contrario; la correlativa construcción de un nosotros; la búsqueda de aliados, dilatando el arco lo más posible (desde la ultra izquierda hasta la ultraderecha) como táctica de sobrevivencia y fortalecimiento; y la desarticulación de los argumentos del enemigo. Los recursos de la ironía, la ocupatio o el argumento por el absurdo; los tópicos de la estupidez, la falsedad y la comodidad; la ridiculización, la puesta en contradicción de las diferentes razones aducidas por los antisemitas (quienes ya ven a los judíos como los directivos del mundo de los negocios y por lo tanto responsables de la crisis financiera o ya como conductores de los movimientos obreros de protesta y por lo tanto responsables de la crisis político-social), para abonar la hipótesis de una culpabilidad integral. La panorámica evaluativa de la inmigración, la importancia de la lengua como elemento constructivo de la sociedad, las metáforas organicistas o tenebrosas que también, en parte, les van tomando prestadas al adversario, o bien el lugar común asignado al chivo expiatorio (tal la necesidad política e incluso diplomática, según se esgrime) y el peso de la presencia de los unos y los otros en los espacios públicos van trazando el fresco de las pulseadas verbales que preceden y siguen a los desgraciados encuentros callejeros –ya consumados, ya no– en la Buenos Aires de entonces.

Era la significativa Plaza del Congreso el escenario elegido para el atropello del invierno de 1932, momento en que se calculó que había, con holgura, alrededor de 200.000 judíos en Argentina.<sup>18</sup> De manera notable, de ese mismo Congreso emergieron las voces más reflexivas y tranquilizadores para la comunidad. Si el Congreso es la expresión de la Constitución y ésta la de la democracia, si los judíos se ponían bajo el amparo de las leyes como bajo una *sucá* que les garantizara la paz y la esperanza, si el Estado de

18 Esta cifra registrada por el mismo León Kibrick en su nota de *Mundo Israelita* del 22/10/32 es la que él estima partiendo de la estadística de la Chevrah Kedeschá que corresponde al período comprendido entre el 1 de octubre de 1930 y el 30 de septiembre de 1931 (estadística que sistemáticamente pecó de registrar sólo a los judíos ashkenazíes, de ahí que Kibrick la tome únicamente como primera referencia a partir de la cual continuar con sus cálculos aproximados).

Derecho, aunque fuera un Estado de derecha continuador de un gobierno de facto, estaba destinado a *velar* sobre todos para no *velar* las posibilidades de ninguno, si la década infame iba a arrojarnos aún tantas nefastas sorpresas, esta infamia de agosto de 1932, aun cuando seguirá dando mucho por hablar y por hacer, tendrá, en lo inmediato, un final menos trágico que el de 1919 y el que temieron los hombres que la vieron crecer como un viejo y nuevo animal, ávido de sangre y fuego.<sup>19</sup>

Las cartas están echadas, el antisemitismo vivo, las paradojas servidas, pero del otro lado de la oscuridad de *Sol y luna*, la razón de una importante mayoría, incluso con los monstruos intrínsecos de las contradicciones, reinará, aunque sea jaqueada, en aquella destartada Argentina todavía por un rato.

19 Así lo celebran en la misma revista: “Por qué fracasó el mitín del sábado” (*Mundo Israelita*, 27/8/32, p. 1). “El tan anunciado mitín contra el comunismo terminó en un rotundo fracaso [...] En realidad, se trataba de un mitín hitlerista, extranjerizante y, sobre todo, antisemita. Denunciado este carácter por los hombres más representativos del país y por los diarios que mejor interpretaban el sentir de la masa popular en esa emergencia, era natural que el pueblo negara su apoyo a un acto que, bajo la máscara del nacionalismo, se proponía trasplantar a esta tierra libre odios de raza y religión [...] En cuanto al pueblo mismo, a la masa genuina, dijo su negativa rotunda el sábado 20 en la plaza del Congreso, por la elocuente voz de su ausencia en un mitín hitlerista, que no fascista, pues el fascismo no es antisemita. La jornada del sábado ha permitido ver reafirmadas las mejores tradiciones argentinas. No hay para qué decir cuán grande es nuestra satisfacción, y nos felicitamos en cuanto hemos contribuido a poner en descubierto el móvil oculto del mitín anticomunista y hecho reaccionar a la opinión pública”.